

PREFACIO

1. APREHENDER *ADVERSUS* COMPRENDER

El libro que el lector ahora comienza tiene por objeto procurar develar el particular sentido que guía la trama constitutiva del campo psicológico, o si se quiere –si bien no se trata de expresiones estrictamente intersustituibles–, de la denominada disciplina o «ciencia» psicológica. Como es obvio, nuestro objetivo, tal y como muestran los innumerables estudios orientados presuntamente al mismo fin, no es ni mucho menos genéricamente novedoso, ni tampoco, como también es obvio, se halla exento de una problematicidad que es reflejo de la misma naturaleza o textura problemática que configura al «objeto» analizado, el campo psicológico.

Ahora bien, al respecto es necesario percibir, y ello constituye el núcleo y punto de arranque del presente estudio, que tal problematicidad no es, a nuestro entender, el resultado, como se ha argumentado en multitud de análisis, de la peculiar «complejidad» que acompañaría por definición a la «ciencia» psicológica. No se trata, tal y como manifiestan incontables epistemólogos e historiadores de la psicología, de que nos hallemos ante un terreno psicológico, en principio, suficientemente acotado históricamente, pero sobre el cual, a su vez, y debido, por así expresarlo, a la compleja topografía que le es inherente, sea necesario, para mejor comprender su sentido, levantar un mapa –metodológico, descriptivo, clasificatorio o de cualquier otro tipo– que definitivamente nos entregue unificado el terreno psicológico en cuestión.

Muy al contrario, y asimismo a nuestro entender, la problematicidad que constituye al campo psicológico no emana de la multiplicidad de regiones y corrientes que compondrían su sentido, sino, antes bien,

de las numerosas franjas de sin-sentido (ambigüedad, provisionalidad) que necesariamente lo envuelven y atraviesan de parte a parte.

En virtud de ello, una efectiva reflexión sobre el campo psicológico, sobre la psicología, no debe iniciarse, sin más, intentando meramente comprender el campo psicológico; esto es, tal reflexión no debe asumir ingenuamente el prejuicio, desmentido, de hecho, por el aporético devenir histórico de la disciplina psicológica, de que el campo psicológico se encuentra ya ante nosotros en forma de una única pieza compleja, polifacética y, por lo mismo, necesitada de una inspección atenta y juiciosa (comprensión). A nuestro juicio, para efectivamente hacerse cargo del singular sentido que ordena al campo psicológico, es necesario, por el contrario y frente a la actitud comprensiva, desarrollar una actitud de aprehensión; es decir, percibir, desde un comienzo y críticamente, que la sedimentación histórica del campo psicológico ha incluido, necesariamente –en función de su propia lógica interna–, amplias zonas de adherencias contradictorias o aporéticas imposibles de domeñar, precisamente, desde el interior mismo del campo psicológico. Por ello, entendemos que una auténtica reflexión acerca del sentido del campo psicológico solo tiene lugar, en realidad, si se ejercita una aprehensión crítica, como si de mercancías de contra-bando se tratara, de aquellas estructurales franjas de contra-sentido –simples efectos de complejidad de la disciplina psicológica si son observadas desde la óptica comprensiva–, que, en buena medida, conforman históricamente al campo psicológico. De todo lo anterior no debe inferirse, en modo alguno, que la psicología viene a ser una disciplina incomprensible, por el contrario, lo que precede supone que para lograr la efectiva comprensión de la psicología es imprescindible su previa aprehensión crítica.

No es este el lugar indicado para analizar pormenorizadamente los diversos argumentos desplegados por los partidarios de la actitud comprensiva; argumentos que, por otra parte, son máximamente accesibles, ya que, en realidad, componen la óptica escogida mayoritariamente por los autores interesados en el análisis de la historia y epistemología de la psicología. No obstante, a título de mera ejemplificación, y para explicitar más nítidamente el horizonte de sentido del presente libro, sí cabría mencionar algunos de los análisis vertidos en la relativamente

reciente y, para nosotros, expresiva obra de Ken Richardson, *Para comprender la psicología*¹. Esta obra compendia paradigmáticamente la actitud comprensiva, pero, a su vez, exhibe lo que podría ser calificado como una huida hacia adelante de la mencionada actitud.

Su autor incide repetidamente, como no podía dejar ser, en el carácter complejo, pero comprensible de la disciplina psicológica². Más concretamente, a juicio de Richardson, la psicología habría estado envuelta y desorientada históricamente –de ahí su complejidad– por demandas prácticas de carácter social e ideológico (empleo, educación, justicia, salud mental). Tales demandas habrían contaminado lo que Richardson concibe como los clásicos esquemas o presuposiciones de la psicología (racionalismo, asociacionismo y constructivismo), todos los cuales, a juicio de este autor, tenían por objeto «natural» de estudio el análisis del conocimiento. Las distintas escuelas o corrientes psicológicas habrían seguido estando adscritas a las presuposiciones mencionadas, por ello, y aun a pesar de distorsionar «prácticamente» el estudio del conocimiento, no habrían podido, sin embargo –dado el empuje y eminencia psicológica del conocimiento– más que seguir tratándolo y considerándolo de un modo u otro.

Richardson adopta una estrategia, por lo que respecta al análisis de la historia de la psicología, que se ha repetido obsesivamente, con un formato u otro (paradigmas kuhnianos, agrupación de corrientes psicológicas bajo el rótulo de racionalismo y empirismo, etc.), por los historiadores y epistemólogos de la psicología. La estrategia en cuestión consiste, en realidad, en una mera, por así expresarlo, clasificación «botánica» de las diversas escuelas o corrientes psicológicas. En tales clasificaciones botánicas el criterio para clasificar suele ser gratuito, ya

¹ K. Richardson. *Para comprender la psicología*, Madrid, 1991. Obra original: *Understanding Psychology*. Milton Keynes, Open University Press, 1988.

² Sirvan como muestra los siguientes fragmentos del libro de Richardson: «Muchos estudiantes de psicología con los que he hablado se quejan de la falta de coherencia de la psicología [...] el curso típico de psicología consiste en una “ensalada teórica”, una confusión de posturas fragmentadas [...] Existen razones especiales que hacen que en la actualidad la psicología sea una disciplina muy compleja... El presente trabajo es simplemente un esfuerzo para hacer más *comprensible* esta complejidad». K. Richardson, *op. cit.*, pp. 7-8.

que, igualmente, suele ser o insignificante, o completamente externo a la naturaleza de los propios materiales psicológicos clasificados. Así, para estos autores basta simplemente con agrupar a las diferentes escuelas psicológicas bien en función de alguna instancia externa (por ejemplo, cualesquiera concepciones ideales de la ciencia o el método científico), o bien en función de simples semejanzas superficiales (innatismo, asociación de ideas o estímulos etc.), para presuponer haber ofrecido una articulación coherente del discurrir de la disciplina psicológica.

La proliferación de esta suerte de clasificaciones inertes, por acríticas, del discurrir histórico del campo psicológico, ha terminado por contribuir, aún más si cabe, a la clásica dispersión «teórica» de la disciplina psicológica. Frente a ello Richardson, después de confeccionar su propia clasificación inerte (racionalismo, asociacionismo, constructivismo), ha optado por diseñar –y en ello consiste lo que anteriormente denominamos una huida hacia adelante de la actitud comprensiva– un proyecto omniabarcante y límite para la psicología, pero que presuntamente posee la virtud de unificar de raíz la histórica dispersión del campo psicológico. Así, Richardson ha indicado sin vacilar, como antes apuntábamos, que el objeto connatural a la psicología es el conocimiento, y que, por lo mismo –ya que el resto de las ciencias depende indefectiblemente de la función psicológica cognoscitiva– la tarea de la psicología se presenta como la tarea científica por antonomasia del momento presente:

La psicología es una especie de «superciencia» o, como se la ha llamado, la «ciencia de las ciencias»: muchas cosas dependen de ella. La época de la ciencia ha producido maravillas y la física, la química y la biología han tenido grandes días. Pero ahora la propia ciencia y las disciplinas avanzadas dirigen cada vez más su mirada hacia la psicología en busca de bases seguras. Así, la psicología tiene por delante todos sus grandes días³.

Cabría decir que la concepción de Richardson torsiona radicalmente, y, por ello, des-figura del mismo modo, los límites que en realidad configuran –bien es verdad que borrosamente– el ámbito del campo

³ *Ibid.*, p. 192.

psicológico. Ante la paulatina dispersión de concepciones acerca de la naturaleza de la psicología, la cual, sintomáticamente, corre paralela a la creciente dispersión de «ejemplares experimentales» en el seno de esta misma disciplina; la actitud de Richardson, al que se suman numerosos autores –como por ejemplo Howard Gardner, al respecto, véase segunda parte, apartado 3.3 del presente libro–, es la de encubrir dicha dispersión de carácter histórico y estructural, por medio de un salto conceptual que cabría, incluso, calificar de metafísico. Sin duda, la concepción de este autor implica un clásico y nítido psicologismo⁴, pero además, y en la medida en que considera la contradictoria posibilidad de confeccionar una «ciencia de las ciencias», asume asimismo implícitamente, al modo en que genéricamente lo hacen la Teología o la Filosofía Primera, la existencia de un marco de «primeros principios» del cual podría ser derivada la consistencia de cualesquiera de los teoremas científicos que constituyen a las distintas ciencias.

La concepción de Richardson expresa, paradigmáticamente, el agotamiento de la que hemos denominado actitud comprensiva; se trata, por así expresarlo, de hacer de la «necesaria» dispersión de sentido de la psicología, virtud: así, frente a la dispersión del campo psicológico, y dada la imposibilidad histórica de reconstruirlo «lógicamente», se procede a dispersarlo máximamente –el conocimiento, presunto objeto natural de la psicología, se halla ahora disperso entre la multiplicidad de modulaciones y «metodologías» científicas–, de tal modo que la labor de comprensión y constitución definitiva del campo psicológico, cuya complejidad ahora también es máxima, se convierte en

⁴ Es evidente que no podemos extendernos aquí en un examen acerca de la imperminencia del psicologismo en los análisis propios de la epistemología o la Teoría de la Ciencia. Baste con decir que, por supuesto, cualquier Teoría de la Ciencia incluye, o debe incluir, una perspectiva u óptica psicológica, ya que, obviamente, una parte sustancial de la ciencia, los sujetos científicos, poseen una incontrovertible dimensión psíquica. Desde una efectiva Teoría de la Ciencia se debe, pues, determinar de qué modo se incluye –quizás dialécticamente– tal dimensión psíquica en la lógica interna que articula la práctica científica. Ello, sin embargo, nada tiene que ver con el reduccionismo ingenuo, ya criticado desde Kant, de pretender explicar la práctica científica únicamente a partir de su génesis psicológica. Al respecto, puede consultarse la obra de Gustavo Bueno, *Teoría del cierre categorial*, vol. I, sección 1, cap. 2, «El enfoque psicológico», Oviedo, 1992.

una tarea infinita. Tarea esta que, a su vez, y dada su naturaleza, avala de forma ideal y voluntarista la persistencia indefinida de la disciplina psicológica.

Pues bien, a nuestro entender, y frente a la mayoritaria actitud comprensiva, el esclarecimiento del sentido del campo psicológico debe pasar, como anteriormente afirmábamos, por ejercitar una actitud de aprehensión crítica del mencionado campo. Ahora bien, dicha aprehensión crítica, que básicamente consiste en desvelar las franjas de contrasentido adheridas estructuralmente a la textura del campo psicológico, no puede más que ser efectivamente ejercitada si, a su vez, se analiza el campo psicológico con un instrumental conceptual de mayor riqueza y amplitud que el empleado por los autores adscritos a la actitud comprensiva. Más concretamente, a nuestro juicio, la aludida aprehensión exige, en primer lugar, un análisis crítico –cuya naturaleza concreta se explicará más adelante–, volcado sobre, por así decirlo, la vertiente «interna» del campo psicológico; pero, además, demanda igualmente, y en segundo lugar, un análisis que considere su complementaria y fundamental vertiente «externa»; o para expresarlo en otros términos, la aprehensión del campo psicológico demanda un detallado análisis histórico-cultural del psiquismo, es decir, una investigación de carácter psichistórico.

El objetivo del presente libro consiste en desarrollar el primero de los dos análisis mencionados –vertiente «interna» del campo psicológico–. No obstante, y debido precisamente a ello, resulta conveniente realizar un brevísimo esbozo del perfil que, asimismo, configura a ese análisis que hemos considerado como fundamental y complementario para la aprehensión del campo psicológico, la investigación psichistórica⁵.

⁵ Citaremos, a continuación, algunas de las obras que exhiben las diferentes concepciones que en la actualidad se mantienen en torno a la psichistoria: G. Duby, *L'histoire des mentalités*, en *L'histoire et ses méthodes*, París, 1961. G. M. Krem y L.H. Rapoport, *Varieties of Psychohistory*. Nueva York, 1985. R. Mandrou, *Historie sociale, sensibilités collectives et mentalités*, París, 1985. G. Juttemann, *Vegbereiter der Historische Psychologie*, Múnich, 1988. H. Lawton, *The psychohistorian's Handbook*, Nueva York, 1988. En nuestro país se puede destacar la obra de J. L. Pinillos, *Psicología y psichistoria*, Valencia, 1988. Asimismo, puede citarse, en tanto que un análisis psi-

Para comenzar, es necesario percibir que el sentido de «lo psíquico» no se halla tan solo trenzado a ese ámbito del conocimiento que es la psicología. Al respecto, hay que tener en cuenta que, en realidad, la disciplina psicológica toma originariamente como materia prima de trabajo y análisis a lo que, genéricamente, cabría denominar, psiquismo. Por tanto, y si ello es así, el psiquismo –cuya estructura concreta será examinada en la parte tercera del presente libro– debe remitirse, en tanto que una de las dimensiones estructurales de la práctica humana, y, por lo tanto, anterior a la conformación de cualesquiera ciencias, a un ámbito no ya meramente psicológico, sino histórico-cultural o antropológico.

A nuestro juicio, si se efectúa la remisión mencionada puede detectarse que tanto la psicología experimental, como asimismo las protopsicologías que la anteceden (vaya por caso, la protopsicología cartesiana), brotan y se configuran en un previo «humus psíquico», en una previa y singular modulación del psiquismo solidaria de una también singular figura histórico-cultural. Tal previa modulación del psiquismo, que da lugar a la emergencia del actual campo psicológico, tiene su asiento más nítido, y dicho ahora muy rápidamente, en el progresivo proceso de «civilización-individualización» que ha ordenado el sentido de la cultura europea desde los inicios de la Modernidad. Así, pues, y esta es la cuestión a subrayar, la psicología académica o experimental figuraría, nótese, como un producto acuñado a partir del perfil que el mismo psiquismo adopta en el conjunto de prácticas que definen a la Modernidad.

Para matizar algo más lo anterior es necesario apuntar que cualesquiera figuras histórico-culturales, como es obviamente el caso de la Modernidad, podrían ser compuestas, y por tanto analizadas, por medio de un espacio antropológico comprendido por las relaciones que quepa establecer entre tres ejes –que eventualmente podrán ser cuatro– de naturaleza práctico-tecnológica: en primer lugar, contaríamos con el eje de las que pueden ser denominadas «tecnologías de producción»; en segundo lugar, el eje que hace alusión a las «tecno-

cohistórico crítico del psicoanálisis, la obra de M. Pérez Álvarez, *Ciudad, individuo y psicología*, Madrid, 1992.

logías de significación»; en tercer lugar, el eje compuesto por las «tecnologías de dominación»; y, por último, y en su caso, en cuarto lugar, el eje conformado por la «tecnologías del yo» o «tecnologías psicológicas»⁶. Un espacio antropológico así descrito posee, por lo pronto, la virtud de situar la estructura del sentido de las diferentes formaciones culturales en el estricto terreno de la práctica; pero, además, implícitamente remite, asimismo, y en el sentido que antes apuntábamos, a que la generación del campo psicológico depende de las particulares relaciones de composición que pudieran darse entre los tres primeros ejes mencionados.

Al respecto, hay que puntualizar que tales ejes (tecnologías de producción, significación y dominación), tanto si los consideramos por separado como conjuntamente, poseen, sin duda, una indefectible dimensión psíquica –ello es así, entendemos, independientemente de la concepción que pudiera esgrimirse acerca del psiquismo–; no obstante, la cuestión es, y así lo refleja el mencionado espacio antropológico, que el campo psicológico –que no el psiquismo– solo brota y se «materializa» si efectivamente median determinadas relaciones entre los ejes de producción, significación y dominación.

La investigación psicohistórica debe dar cuenta literalmente del discurrir histórico del psiquismo; o si se quiere expresar en términos más usuales, debe dar cuenta de las «mentalidades» adheridas a las distintas figuras histórico-culturales. Al respecto, no obstante, no debe entenderse en este contexto –si bien así lo han malentendido diversos autores–, la noción de «mentalidad» como una suerte de atmósfera cognitiva que cubriera, al modo de una superestructura psíquica, la textura singular de cada figura cultural concreta; antes bien, dicho término debe hacer referencia a la dimensión psíquica de carácter práctico –más concretamente, y como se analizará posteriormente, de carácter fenoménico-contextual–, que se encuentra entretejida a las prácticas y tecnologías características de cada cultura. Según ello, la investigación psicohistórica no puede consistir, en modo alguno, en una suerte

⁶ La estructura básica del espacio antropológico especificado está recogida, si bien ha sido modificada en diversos aspectos, en la obra de Michel Foucault, *Tecnologías del yo*, Barcelona, 1990.

de psicologismo histórico destinado a facturar, por ejemplo, estudios psicobiográficos o psicoanalíticos que den presuntamente cuenta de la historia cultural.

Pues bien, debe percibirse que si el objetivo fundamental de la psico-historia es el de analizar, como hemos apuntado, el devenir histórico del psiquismo, entendiendo que este siempre se halla entrelazado al resto de prácticas tecnológicas de una cultura dada; entonces, igualmente, y como parte esencial del mismo proyecto debe figurar el dar cuenta de aquellas relaciones inter-tecnológicas que, precisamente, prefiguran en el seno de la Modernidad la conformación del campo psicológico y la psicología⁷. Tal objetivo de la investigación psicohistórica permitiría,

⁷ Tal objetivo, a su vez, hace necesario, y esta es una cuestión que aquí tan solo podemos esbozar, distinguir entre lo que cabría considerar como dos modulaciones distintas, pero, a su vez, estrechamente ligadas, del campo psicológico: así, de una parte, contaríamos con el campo psicológico observado desde una perspectiva ejercitada, esto es, contaríamos con una psicología considerada en tanto que *un «saber prudencial»* practicado por alguno o por todos los estratos sociales de una cultura dada. Y, por otro lado, contaríamos con otra modulación del campo psicológico que daría lugar a una psicología, por así denominarla, reflexiva o representada, la cual se presentaría, a su vez, bajo las formas de psicología académica, experimental y aplicada.

A nuestro juicio, la investigación psicohistórica tendría que dar cuenta de cómo y por qué es posible la generación de esa primera formulación del campo psicológico en tanto que «saber prudencial», y, del mismo modo, tendría que determinar la naturaleza de la estrecha relación existente entre «saber prudencial» y psicología académica, experimental o aplicada.

Lo anterior exigiría, en rigor, examinar también el trámite –práctico-tecnológico– que originó la transformación de las culturas de estirpe «holista» (culturas en las que se difumina el ámbito de lo público y lo privado), en culturas de naturaleza individual-societaria (escisión entre el ámbito público y privado). El trámite mencionado ha sido estudiado con detenimiento, entre otros, por autores como Norbert Elias, *El proceso de civilización*, o Louis Dumont, *Ensayos sobre el individualismo*.

Una vez realizado tal examen previo –que, en realidad, considera el proceso de surgimiento de la sociedad individualista– cabría entonces determinar con mayor fundamento la estructura de lo que hemos denominado «saber prudencial». Así, se podría detectar cómo en el contexto de la cultura europea del siglo XVII emerge una figura, que podemos denominar «actor psicológico», que opera en la sociedad cortesana ejercitando técnicas de control y autocontrol psicológico –al respecto, consúltense N. Elias, *La sociedad cortesana*, México, 1969; R. Sennett, *El declive del hombre público*, Barcelona, 1978–; tales técnicas se encontrarían en sintonía o a la misma escala –y por ello mismo resultarían funcionales y efectivas– que las prácticas